

Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá

Domingo XXXIII del T. Ordinario. Ciclo C
MI 3,19-20; Sal 97,5-9; 2 Tes 3,7-12; Lc 21,5-19

En aquel tiempo, como algunos ponderaban la belleza del templo, por la piedra y los exvotos, dijo: «Vendrán días en que de esto que veis, no quedará piedra sobre piedra; todo será destruido». Ellos le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo será eso, y cuál será la señal de que esas cosas van a suceder?»

Él contestó: «Cuidad que nadie os engañe, porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: "Yo soy", y "El tiempo ha llegado"; no los sigáis...

No os preocupéis de vuestra defensa, yo os daré palabras y sabiduría que no podrán resistir ni contradecir vuestros adversarios. Seréis entregados, incluso, por padres y hermanos, parientes y amigos; os traicionarán y matarán a algunos de vosotros; todos os odiarán por mi causa. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia, salvaréis vuestras vidas».

El profeta Malaquías advierte: «Mirad que llega el día, ardiente como un horno: malvados y perversos serán la paja y los quemaré el día que ha de venir, dice el Señor de los ejércitos y no quedará de ellos ni rama ni raíz. Pero, los que honran mi nombre tendrán un sol de justicia, que lleva la salud en las alas».

Este oráculo anuncia el futuro triunfo de la justicia divina; el justo sufre en este mundo, frente al perverso que avanza y goza tentando a Dios impunemente. El israelita fiel, abrumado, se pregunta qué gana por guardar los mandamientos. Malaquías responde que Dios no abandona a quien ama y obedece a Dios. El día del juicio escatológico, el Señor acogerá a sus hijos fieles con amor de padre. Se verá la gran diferencia que media entre buenos y malos, la suerte tan distinta que aguarda a los soberbios y los bondadosos confiados en Dios. El malvado será completamente aniquilado y abrasado por el fuego (Am 1,4; Is 30,47; Ez 21,1); el justo, por el contrario, gozará una era de paz y de prosperidad. Como el sol matutino rompe la oscuridad de la noche, así la próxima manifestación del Señor iluminará este mundo de tinieblas en el que luchan y se debaten los justos.

Malaquías, que escribió en el s. V a.C., clama que Dios no ha abandonado a su pueblo, sino que vendrá en el "día de Yahvé" para hacer justicia. También, en esta época, demasiado mercantilista, los que sirven a Dios objetan como los paisanos de Malaquías. A veces, se oculta una concepción de piedad y moral egoísta y miope: ¿Se debe servir a Dios, o al partido político triunfante, o a esa iglesia que sólo busca premios y prebendas, o los propios intereses? Para Malaquías, ese Dios es el Señor de Israel que ilumina el peregrinar de su pueblo; para el cristiano, ese sol de justicia es Jesús: "Sol que nace de lo alto" (Lc 1,78).

El salmo responsorial canta: «El Señor llega para regir los pueblos con rectitud. Retumbe el mar y cuanto contiene, la tierra y cuantos la habitan; aplaudan los ríos, aclamen los montes al Señor, que llega para regir el orbe con justicia y los pueblos con rectitud».

El Apóstol a los Tesalonicenses los exhorta: «Ya sabéis, cómo tenéis que imitar nuestro ejemplo: no vivimos entre vosotros sin trabajar, ni comimos gratis el pan de nadie, sino que trabajábamos día y noche, a fin de no ser carga para ninguno de vosotros; y no es que no tuviésemos derecho, sino que quisimos daos un ejemplo que imitar. Cuando aún

vivíamos con vosotros, os dimos esta norma: 'El que no trabaje, que no coma'. Porque nos hemos enterado de que algunos de vosotros viven sin trabajar, sin ocupación, en la ociosidad. Pues a esos les mandamos y amonestamos en el Señor Jesucristo, a que, trabajando con disciplina, coman el pan que ganen».

Parece que algunos tesalonicenses, ante la parusía inminente y el final del mundo, descuidaban las ocupaciones humanas normales, sobre todo, el trabajo y vivían a costa de los demás. San Pablo les asegura que esa dejadez no tiene justificación, que deben ponerse a trabajar y que, tomando su propio ejemplo, sigan la verdad contundente que les dio: 'El que no trabaje, que no coma'.

En general, el cristianismo, aún cumpliendo toda su espiritualidad, no ha de ser obstáculo para realizar una actividad humana productiva, cuestión real, que no siempre se ha entendido bien; a veces, quienes se dedican a las cosas del Espíritu, han olvidado el trabajo, sin preocuparse de producir los elementos necesarios para vivir; y viven a costa de los que trabajan y se esfuerzan a diario. Esto puede, en algún caso, ser preciso y aceptable; pero, también encubre engaños y actitudes ociosas de rehusión del quehacer cotidiano, para vivir recibiendo de los otros. La teología del trabajo, la construcción del Reino con el esfuerzo personal en la tarea normal, es requisito imprescindible que también entra en la consideración y deber cristianos. Ahí está el ejemplo del Apóstol, tenía derecho, por su labor misionera, a ser mantenido por la comunidad, no quiso ser gravoso a nadie, no aceptó el pan de balde. Los ociosos se meten en todo, no paran de zascandilear, son un peligro, ponen a la comunidad en trance de perder la paz y la armonía.

El evangelio de San Lucas, se centra hoy en los últimos acontecimientos de la vida pública de Jesucristo, que pasa estos días enseñando con autoridad, en el Templo, centro de la vida religiosa de Israel. Ha llegado la última etapa de su predicación, que finaliza en Jerusalén. Jesús anuncia la destrucción del Templo porque Israel, como pueblo, ha rechazado al enviado de Dios.

Los presentes le preguntaron el cuándo y el cómo de aquellos sucesos que acarrearían la destrucción que profetizaba. Su respuesta se refiere a la destrucción del templo, y, dándoles los signos de la calamidad que vendrá, les habla de la segunda venida del Hijo del Hombre, pero advierte a los discípulos que no se dejen engañar por quienes se hagan pasar por el Mesías, atribuyéndose su autoridad y proclamando llegado ya el tiempo. El evangelista indica con claridad que el final no es inmediato. Las guerras, las epidemias y las catástrofes cósmicas serán presagios del fin de los tiempos, que preparan a los cristianos, para el momento; "antes de todo eso", los perseguirán y ellos podrán dar testimonio. Es San Lucas quien más subraya este testimonio cristiano que consiste en seguir el mismo camino de Jesús: serán perseguidos por diversos enemigos, a causa de ser sus discípulos. Testimonio de cristiano, fe en la asistencia del Señor a sus testigos y perseverancia en la lucha y en los sufrimientos son las realidades que Jesús trasmite al creyente para prevenirlo y confortarlo en la lucha.

Tras ello, Jesús acude con su inmenso amor a infundirles optimismo y confianza, 'no os preocupéis'; ofrece su presencia, 'yo estaré con vosotros hasta el fin', y su consuelo empapado de seguridad, 'yo os daré palabras y sabiduría...', 'ni un cabello de vuestra cabeza perecerá', 'salvaréis vuestras vidas'. Al tiempo que Lc escribe su evangelio, esta Buena Nueva está llegando "a los confines de la tierra" (Hch 1,9).

Con este discurso escatológico sobre la caída de Jerusalén y el fin de los tiempos, San Lucas indica que los cristianos deben disponerse a un largo periodo de espera y persecución. La parusía no está cercana, no hay una fecha fijada en el curso de la historia. El "momento" se sitúa más allá de todas las revoluciones y conflictos humanos. No se les va a dar una fecha definitiva de la parusía; a pesar de la ruina de Jerusalén y la destrucción del Templo en el año 70, y de las persecuciones contemporáneas, deben permanecer atentos y firmes en la fe. Jesús advierte a sus discípulos que todo lo humano, como el templo, es

caduco; todo perecerá. Las guerras, las catástrofes son producto de la condición del hombre. No son nunca indicios del fin, sino señales urgentes de la conversión y de la exigencia de transformar esa triste condición de su existencia y huir de los falsos profetas. La persecución y la traición los sigue y rodea, porque la opción por Jesús es radical y severa (cf. 14,25-27; 12,51-53). Pero el cristiano perseguido está en manos de Dios, de Él viene la salvación. La sangre de los mártires es semilla de fe, amor y esperanza.

Es preciso decir que este texto no es ningún anuncio ni aviso del fin del mundo. Su importancia reside en la frase: "Pero antes de todo eso..." Quiere decir que se desconoce la fecha del fin, y que Jesús explica a sus discípulos que, antes, deben suceder muchas cosas. Lo que importa, pues, no es la fecha de la parusía, sino que "antes de todo eso" los discípulos serán perseguidos. Las persecuciones no son indicativos del final, sino la característica fundamental de la vida del cristiano en los sucesos de la historia. En ese "antes" largo y conflictivo, los cristianos vivirán una etapa llena de persecuciones. Su ahora consiste en hacer el mismo camino de Jesús hacia la cruz, "os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mí". Su vigor radica en la confianza, en la palabra del Maestro, mientras llega la energía de la resurrección.

Los discípulos le preguntan la fecha, el cuándo, pero Jesús no responde directamente, les dirige la atención hacia el destino universal del cosmos y la historia; con eso los lleva al ambiente apocalíptico. La pregunta formula la inquietud humana, el deseo de saber y adivinar el sentido del futuro, de vencer su angustia. En realidad, es miedo ante la vida y falta de confianza ante el destino que, para nosotros, es Dios Padre. Frente a ello, el Evangelio no da soluciones hechas; lo importante, pues, es arriesgarse en la verdad de Cristo. Aun así, vendrán voces engañosas de "yo soy"; sufriremos la crueldad de la guerra, el odio en la familia y la frialdad de una vida que parece un sinsentido. Pues bien, Jesús nos dice: "estad tranquilos"; por muy terrible que parezca el rumbo de las cosas de la tierra, nunca puede convertirse en destrucción o ruina decisiva. Decisivo sólo es Jesucristo (21,8-9). En el rigor de la inseguridad cósmica, sobre el riesgo de la inquietud política que enloquece, los discípulos de Cristo se mantienen siempre firmes. Su firmeza está en la asistencia de Jesús, el Cristo. Esta fortaleza, en medio de una sociedad que se rebela contra todos los valores de lo justo y lo divino, es testimonio y consecuencia de la verdad de Jesucristo. Nos acecha la tentación de prescindir de la exigencia de Jesús, nos atenaza la duda. Pues bien, el Evangelio nos promete que sólo en Jesucristo tendremos la fuerza sólida y la victoria de la vida.

Esa victoria en y con Jesús es la fe, la esperanza y el amor. Y, cuando todo se haya confabulado para tritular la vida del cristiano, Jesús estará ahí, al lado con gesto lleno amor y de aliento en su palabra: "No se perderá ni un cabello de vuestra cabeza" (21,18).

Camilo Valverde Mudarra